

Cuadernos del Sur

Año 17 - Nº 32

Noviembre de 2001

Tierra  del fuego

Elecciones 2001: nadie vota a nadie

Alberto Bonnet

Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos, y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho. Y como entonces era noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos la propia figura de la muerte". Así narra don Alvar Núñez Cabeza de Vaca sus desventuras de naufrago. Acaso ninguna escena como esta, digna de las cámaras de Fassbinder, ilustra mejor la situación de indigencia político-ideológica en que arribamos a las últimas elecciones.

Las elecciones en cuestión se realizaron en el marco de una recesión crónica que ya cuenta con cuarenta meses de duración, veinticuatro de los cuales contabilizados bajo administración delarriista. Un producto, una inversión y un consumo en retroceso hoy conviven con un desempleo que alcanza a un tercio de los hombres y mujeres en condiciones de trabajar, una sostenida caída de los salarios nominales y unos niveles de pobreza que afectan a casi la mitad de la población. La deuda pública argentina asciende a unos ciento cincuenta mil millones, es decir, cinco años y medio de sus exportaciones, mientras los déficits de pagos externos ponen a los títulos de dicha deuda a disputar con los nigerianos los mayores índices de riesgo de *default*. Tras la evaporación de ocho ajustes sucesivos, un salvataje financiero *avant la lettre* (el llamado "blindaje"), una masiva reestructuración de la deuda (el "megacanje") y la credibilidad de tres ministros, la economía argentina se encuentra a la deriva. La administración delarriista, signada desde el comienzo por esa endémica incapacidad para el gobierno que caracteriza a los radicales, ve entonces reducidos hasta el absurdo sus márgenes políticos de maniobra. La rápida disolución de la Alianza que accediera al gobierno hace dos años, por su parte, no condujo a una recom-

posición duradera de dicha administración sino más bien a la incorporación de algunas figuras individuales de derecha cuyo prestigio fue devorado inmediatamente por la vorágine de la crisis y, en definitiva, la llevó a un completo ostracismo. Una creciente oleada de luchas sociales, con las movilizaciones de piqueteros y empleados públicos a la cabeza –y cuyas características son analizadas en otros artículos de esta entrega de *Cuadernos del Sur*–, diluyó rápidamente cualquier consenso que sustentara a la administración delarriista.

Si las elecciones recientes se realizaron en semejante marco de crisis económica y política, no puede sorprendernos que esas mismas elecciones se convirtieran en una expresión más de esta crisis. Aquí tomaremos como punto de partida estas elecciones, es decir, la manera en que se expresó electoralmente la crisis económica y política que atraviesa la sociedad argentina, para intentar ahondar en algunas características de dicha crisis.

De que nadie vota o todos votan a nadie

Los candidatos de los grandes partidos burgueses se encargaron en sus campañas de que las recientes elecciones estuvieran plagadas de paradojas aún antes de que los votos entraran en las urnas. El presidente De La Rúa convocaba a votar a Terragno como su candidato mientras Terragno vendía su candidatura como opositora al gobierno de De La Rúa. Mientras era evidente que la administración delarriista estaba ya en bancarrota política y que el PJ constituía el principal partido de recambio, los candidatos claves de ese PJ se empeñaban en moderar sus críticas a dicha administración. Mientras Cavallo ocupaba su puesto como ministro de economía de De La Rúa, ordenaba a sus candidatos que se sumaran a las listas justicialistas y declaraba que la Alianza perdería las elecciones porque “ha demostrado ser incapaz de gobernar” (*Clarín*, 19/9).

Las mayores paradojas se conocieron, sin embargo, cuando los votos salieron de las urnas y se divulgaron los resultados. Las elecciones arrojaron como saldo una clara derrota para varios partidos de la burguesía sin que a cambio –y esta es la mayor de las paradojas– arrojaran una victoria en sentido estricto para ninguno de ellos. En efecto, la manera más inmediata en que se expresó electoralmente la crisis radicó en la magnitud alcanzada por las abstenciones y, particularmente, por la combinación entre votos en blanco e impugnados que los medios bautizaron como “voto bronca”.¹

La tendencia hacia un aumento de las abstenciones venía manifestándose con anterioridad, por lo menos desde 1991, y era previsible que volviera a manifestarse en estas elecciones a juzgar por las encuestas pre-elec-

torales.² Y el ausentismo se elevó del 21,8% alcanzado en 1997 (las anteriores legislativas) y el 18,1% en 1999 (las presidenciales) a un 26,3% en 2001 (6.540.777 votantes de un padrón de 24.883.991 no ejercieron su derecho de voto). Pero no es la ratificación de esta tendencia previa lo más significativo, sino la combinación entre votos en blanco e impugnados, cuya incidencia era mucho más constante en elecciones previas pero que, sorpresivamente, alcanzó cerca de los cuatro millones de votos a escala nacional (3.871.211, un 21,1% del padrón) y se ubicó como primera fuerza en distritos tan importantes como la Ciudad de Buenos Aires y la Provincia de Santa Fe en los recientes comicios.³

Este incremento de los votos en blanco e impugnados condujo a que los grandes partidos tradicionales de la burguesía perdieran votos en términos absolutos: la Alianza, la gran perdedora, casi cinco millones y medio, y el PJ de conjunto un millón doscientos mil.⁴ La mayor dispersión del voto –el PJ y la Alianza explicaban el 75% de los votos positivos en 1999 y hoy apenas el 50%– contribuyó también a reducir el peso de esos dos grandes partidos sin que, no obstante, las principales opciones preexistentes de la burguesía pudieran capitalizar dicha dispersión –la AR de Cavallo, en particular, quedó pulverizada tras perder a su vez otro millón doscientos mil votos.

Las pírricas victorias de la mayor parte de los candidatos efectivamente electos deben interpretarse a la luz de estos resultados. Revisemos algunos casos decisivos. En la elección de senadores de la Ciudad de Buenos Aires, los votos impugnados sumaron 432.965 y los votos en blanco otros 73.219. Esto significa que, sin contar los 718.722 ausentes, casi duplicaron sumados los 285.783 votos obtenidos por la Alianza triunfante de Terragno. La Alianza obtuvo así dos senadores por la capital con una “mayoría” de apenas un 11% de los electores. Pero a los peronistas presidenciables no les fue mucho mejor. En la elección de senadores de la Buenos Aires, los votos impugnados sumaron 941.337 y los votos en blanco otros 572.518. Aún sin tener en cuenta las 2.290.141 abstenciones, esta segunda fuerza representó las tres cuartas partes de los 2.032.157 votos obtenidos por el PJ triunfante de Duhalde. El PJ ganó así dos senadores por la provincia, después de perder unos 700.000 votos respecto de 1999, con apenas un 22% de los electores. En la elección de senadores de Santa Fe los votos impugnados sumaron 189.643 y los votos en blanco otros 481.415. Casi duplicaron así, nuevamente sin tener en cuenta 541.284 ausentes, los 350.085 votos obtenidos por el PJ de Reutemann. El PJ obtuvo dos senadores por la provincia con un mísero 16% de los electores. En la elección de senadores

de Córdoba, finalmente, los votos impugnados sumaron 157.439 y los votos en blanco otros 127.767, además de 581.892 ausentes. Esta tercera fuerza se ubicó así muy cerca de los 351.552 votos obtenidos por el PJ de De La Sota y de los 341.680 de la UCR. El PJ ganó entonces dos senadores más con otro mísero 16% de los electores.⁵

La masividad del voto en blanco e impugnado condujo así, institucionalmente, a un debilitamiento de la legitimidad de los candidatos efectivamente electos. Aunque esta afirmación vale para ambas cámaras, es particularmente relevante para el Senado, electo por vez primera a través del voto directo conforme la constitución reformada de 1994. El Senado, desde siempre signado por un carácter oligárquico derivado de la propia constitución bicameral argentina, queda conformado así por la misma pandilla de caudillos provinciales de siempre, pero ahora votados por una ínfima minoría de los ciudadanos de sus provincias.

Pero esa masividad del voto en blanco e impugnado instauró también un horizonte político sombrío para los propios partidos de la burguesía. La Alianza y/o la UCR fue derrotada, aún antes de que se emitiera un voto, en el hecho mismo de resultar incapaz de presentarse a las elecciones con listas oficialistas. Las razones de esta incapacidad son obvias, pero el hecho mismo, que significa una derrota política, no por eso debe ser pasado por alto. (Téngase en cuenta en este sentido que el PJ, durante la administración de Menem, siempre presentó listas oficialistas –que además a menudo triunfaban.) A esta derrota a priori se sumó luego la derrota en las elecciones de sus listas trasvestidas. El desastre registrado por Alfonsín, Storani y Moreau en la Provincia de Buenos Aires dejó a Terragno, a cuyo magro desempeño en capital ya hicimos referencia, como principal precandidato de la UCR para las presidenciales de 2003.

La viabilidad de su candidatura depende, sin embargo, de la posibilidad de resucitar una fuerza progresista semejante a la que condujo a De La Rúa al gobierno. Y en efecto Terragno convocó de inmediato a la “reconstrucción de la mayoría progresista que dio origen a la Alianza y luego se vio frustrada” (*La Nación*, 15/10) a partir de su pobre triunfo capitalino: “así como la Alianza surgió de aquí y se extendió a todo el país por la capacidad de amplificación que tiene la Capital Federal, ahora estamos en condiciones de hacer un esfuerzo de reunificación de las fuerzas progresistas” (*Página 12*, 16/10). Sin embargo, semejante esfuerzo parece superar con creces las fuerzas del progresismo porteño, no solamente por ese magro desempeño de la UCR capitalina sino también por que el ARI, suerte de nuevo Frepaso y candidato por excelencia a constituir el segundo pilar de una

eventual Alianza resucitada, tampoco alcanzó el desempeño que esperaba. Los feligreses de Lilita esperaban una victoria en la capital, su distrito más confiable, mas apenas si lograron convencer a una parte del desintegrado electorado de la Alianza y un disgustado Bravo quedó disputando con Bélice la senaduría por minoría.

A pesar de la masividad del voto en blanco e impugnado el PJ fue, igualmente, el vencedor relativo de los comicios. A los tres gobernadores de provincias grandes que ya se perfilaban como precandidatos (Ruckauf, De la Sota y Reutemann), a pesar de sus modestos desempeños provinciales, los resultados de las elecciones sumaron a Duhalde y restaron completamente a Menem y sus seguidores. Estos resultados serían suficientes para el triunfo de alguno de estos precandidatos del PJ en las presidenciales del 2003 porque, como el propio Duhalde señaló, “no son votados porque sean buenos sino porque los otros son peores” (*Gente*, 16/10). Pero hasta entonces deberán caminar bordeando un abismo para que esa posibilidad se concrete. Deberán garantizar la “gobernabilidad” –un eufemismo que puede traducirse sin más como la dominación política ejercida sobre los trabajadores– votando en el parlamento las iniciativas del gobierno como hicieran con la reforma laboral, la delegación de poderes a Cavallo, el déficit cero, etc., pues de ello depende que exista un ordenado recambio de administraciones con fecha en octubre de 2003. Sin embargo, deberán ser oficialistas con disimulo y sin comprometerse directamente en un co-gobierno, pues arriesgarían hundirse junto a la administración saliente. Pero deberán también ser opositores, en la medida en que la administración dellarruista descargue el ajuste fiscal sobre las provincias y, por ende, sobre sus propias bases electorales. Y así sucesivamente... Los precandidatos justicialistas ya comenzaron a andar en este sentido desde antes de las elecciones, pero todavía les queda un camino largo y escabroso hasta el 2003.

Este largo y escabroso camino, sin embargo, parece ser el único que les queda porque cualquier otro –el atajo a través de una oposición populista, en particular– parece definitivamente clausurado. Recuérdese en este sentido la triste experiencia de Duhalde en las elecciones de 1999, cuando sugirió poner en discusión la deuda externa, la bolsa emitió sus cotizaciones en su contra y dio el *good bye* a su candidatura. (Y en la medida en que ese mismo Duhalde no evidencie haber aprendido de su experiencia, como el *establishment* sigue sospechando, volverá a quedarse en el camino.) Pero además conviene revisar en este sentido el desempeño electoral del Polo Social en la Provincia de Buenos Aires. Las huestes populistas del cura Farinello representan, en efecto, una suerte de duhaldismo por fuera del

PJ y de la exigencia de mantenimiento de la “gobernabilidad” que pesa sobre el mismo. El milagro esperado por Farinello consistía en que su fuerza resultara segunda en la provincia y ascender así como senador por minoría: tres serían entonces los senadores duhaldistas. Pero la realidad terrenal quiso que resultara cuarta y se quedara en su parroquia.⁶ La predica populista no pareció sumarle demasiados fieles y sus huestes, para desgracia de cierta izquierda que apostara a redimirse sumergiéndose en ellas (ver balance de Tumini en *En Marcha*, 17/10), tienden ahora a integrarse sin más en el duhaldismo.

En cualquiera de los casos parece avizorarse, para los próximos dos años, una nueva reconfiguración del sistema de partidos. El PJ deberá dirimir la compleja disputa abierta entre sus principales referentes y algunos sectores internos, como los restos del menemismo, pueden quedar afuera del resultado de dicha disputa. La defunción de la Alianza en manos del delarruismo y su derrota electoral obliga a los restos marginados del Frepaso a pugnar por integrarse en una nueva fuerza progresista e incluso pone a la propia UCR al borde de la fractura. Y la desaparición de la AR de Cavallo deja a la derecha una vez más, como sucediera con la UCeDÉ en los inicios del menemismo, sin un referente político propio.

Del programa de ningún partido

La expresión electoral más directa de la crisis, decíamos, radicó en la magnitud alcanzada por las abstenciones y la combinación entre votos en blanco e impugnados que sacudieron a las instituciones y a los grandes partidos políticos de la burguesía. Para seguir avanzando debemos preguntarnos ahora por el significado político e ideológico, por el programa, de este rechazo masivo del voto positivo.

Esta pregunta es compleja y debemos avanzar paso a paso. El carácter masivo alcanzado por este fenómeno y la especificidad de la coyuntura de crisis en que tiene lugar impiden que podamos atribuirle sin más el significado que revestía en elecciones previas. No constituyó un mero agregado de conductas individuales ni una expresión de rechazo colectivo y organizado aunque minúsculo –como en el caso del movimiento “501” en las elecciones anteriores. Constituyó una expresión de rechazo colectivo, semi-espontáneo y masivo, por parte de sectores de la pequeña-burguesía y de la clase trabajadora golpeados por la presente crisis. Veamos estas características con más detenimiento.

El carácter colectivo y masivo de esta expresión de rechazo va de suyo, pero su composición social no parece particularmente reveladora. El recha-

zo al voto positivo reunió desde porteños de clase media, pasando por los pequeños productores agrarios quebrados y/o inundados de varias provincias, hasta desocupados del Gran Rosario (ver *Clarín*, 21/10). La única generalización que parece razonable al respecto consiste en la afirmación, bastante vaga, de que este nuevo carácter masivo alcanzado por el rechazo del voto positivo es una expresión de rechazo por parte de sectores cuya inserción social previa fue destruida o es amenazada directamente por la presente crisis económica. Es claro, en este sentido, que el rechazo al voto positivo es una expresión más de protesta popular dirigida contra una dirigencia política que es responsabilizada por dicha crisis.

Su carácter semi-espontáneo radica en el hecho de que esta expresión de rechazo reunió conductas más o menos organizadas, acaso minoritarias, con otras puramente espontáneas. Hubo campañas públicas que la promovieron, aunque su análisis poco nos dice acerca del contenido político e ideológico de ese rechazo del voto positivo, pues provinieron de un espectro político-ideológico que va desde las Madres de Plaza de Mayo, el PCR y algunas organizaciones de desocupados hasta periodistas fascistizantes como Neustadt y Haddad e intelectuales de la derecha como Escudé. Hubo asimismo iniciativas, como el diseño informatizado de pseudo-boletas y su circulación a través de Internet y de mano en mano, que suponen alguna dedicación e incluso presupuesto y que alcanzaron alguna repercusión. Pero hubo también, desde luego, incontables decisiones individuales de negarse a votar, votar con un sobre vacío o introducir en el sobre una foto recortada de una revista o un preservativo, que no responden a ninguna organización previa.

El contenido de algunas de las boletas impugnadas, en particular de aquellas que circularon colectivamente, ofrece un testimonio, aunque muy parcial, del significado del rechazo del voto positivo en algunos distritos urbanos. Algunas de estas pseudo-boletas testimoniaban un rechazo del voto caracterizado por cierta ironía posmoderna (votos a cómicos como Capusoto y Alberti u Olmedo dictador de Costapobre, votos a personajes de historietas como Isidoro, Mafalda y Felipe, a Bin Laden o a Merlo). Otras tenían un contenido político-ideológico más explícito: denunciaban la corrupción de los políticos votando a Clemente (“no tiene manos, a lo mejor no roba”), a Afanacio (“el político que menos roba”), a Ningún Partido (“candidatos para seguir afanando una vez más en nombre del pueblo”) o reivindicaban la honradez de una lista de próceres encabezados por Belgrano (*Gente* 16/10, *Página 12*, 15/10, *Zona de Investigación* de Azul TV, etc.). Una encuesta “boca de urna” del CEOP confirmó por su parte la im-

portancia de esta protesta ante la corrupción de los dirigentes políticos como motivo entre aquellos que habían votado en blanco o impugnado su voto: la incredulidad en los políticos y la negativa a proveerles fondos era el reclamo de una amplia mayoría de los encuestados que demandaba, además, la reforma de la constitución para eliminar cargos y reducir costos de la política (*Clarín*, 15/10). Esta “extensión del déficit cero a los políticos” había sido, justamente, el significado que las campañas derechistas previas habían atribuido a este rechazo del voto positivo y el significado que volverían a invocar en sus interpretaciones de los resultados electorales (ver por ejemplo *La Nación*, 15/10).⁷

Aquella masiva expresión de rechazo de los sectores golpeados por la crisis, entonces, no parece haber adoptado simplemente la modalidad de un “voto castigo con dedicatoria” a la administración delarriista y a sus políticas económicas –inaugurando así, de paso, las esperanzas de un proyecto populista alternativo, como sostienen ciertas interpretaciones.⁸ Adoptó en cambio la modalidad de una condena generalizada –más dramática con respecto a la Alianza, naturalmente, pero que también signó a populistas como Duhalde y Farinello– a una dirigencia política responsabilizada de conjunto por dicha crisis.

Los progresistas, por su parte, se encuentran completamente desorientados ante esta condena generalizada a la dirigencia política. Uno hubiera esperado discursos plañideros girando alrededor de las amenazas autoritarias que se ciernen sobre nuestras queridas instituciones democráticas ahora que los representantes no representan a nadie. El rechazo del voto positivo expresaría, en una interpretación semejante, “una protesta anti-sistema que puede constituir un preocupante aviso de estilo venezolano, aunque no haya ningún Hugo Chávez en Argentina” (*El País*, 16/10). Pero resulta que ninguna tendencia semejante se insinuó siquiera en las elecciones.⁹ Los progresistas locales, en este sentido, prefirieron reconciliarse con el rechazo del voto positivo entendiéndolo como un acto de participación ciudadana políticamente correcto.¹⁰

Ahora bien ¿cuál es entonces el significado político e ideológico de la condena a la dirigencia política expresada en este rechazo del voto positivo? Creemos que significa una expresión más de la protesta popular, dirigida contra una dirigencia política que es responsabilizada así por la crisis económica y social que atraviesan amplios sectores de la sociedad, pero que a la vez tiene aristas potencialmente reaccionarias. Es necesario precisar esto último para evitar malentendidos. Sus aristas reaccionarias no radican *per se* en que condene a la dirigencia política burguesa, ni en que re-

nuncie a impulsar una dirigencia alternativa a través de las urnas, ni menos aún en que, supuestamente, amenace a las instituciones democráticas burguesas. Todo esto bien puede ser progresivo e incluso, si implicara una tendencia hacia la ruptura de la democracia representativa en busca de nuevas formas de democracia directa, sería decididamente revolucionario. Sus aristas reaccionarias radican en el significado que adquiere potencialmente este rechazo del voto positivo en su contenido específico y en esta coyuntura política específica.

Esta modalidad específica de condena a la dirigencia política en términos de una casta corrupta conduce a un desplazamiento ideológico desde la política hacia la ética, un desplazamiento reaccionario por naturaleza y que vuelve a ser reaccionario en esta coyuntura de la sociedad argentina. Dicho desplazamiento, que ya estaba presente en las declaraciones cada vez más frecuentes del Episcopado, en la cruzada de Lilita y sus feligreses contra el demonio de la corrupción, en las homilías de Farinello, etc., quedó plasmado masivamente en este rechazo del voto positivo.

Ahora bien, la corrupción de los dirigentes políticos burgueses es ciertamente una realidad que debe ser eliminada, junto con dichos dirigentes, pero no es una realidad individual sino social. No responde meramente a conductas inmorales sino a procesos políticos (como por ejemplo las privatizaciones) y no se debe a ciertos individuos sino a las organizaciones colectivas a las que pertenecen (como los propios partidos políticos burgueses). Los vínculos entre grandes negocios y pago de comisiones o entre partidos burgueses y fondos sucios para mantenerlos, en otras palabras, no dependen de los individuos implicados y sus convicciones morales, sino de las relaciones sociales específicas que caracterizan a las empresas o los partidos. Más aún, son estas últimas modalidades de las relaciones sociales las que, en primera instancia, moldean las subjetividades de los individuos implicados. El funcionario corrupto del gobierno de hoy aprendió ayer a rentar su militancia en un oscuro centro de estudiantes que dirigía Franja Morada y el empresario que lo coimea hoy aprendió ayer a coimear en los cursos de capacitación dictados por la gerencia de su empresa.

Este desplazamiento ideológico bloquea así, de manera característica, el acceso a la verdadera naturaleza de los problemas y de las respuestas que exigen. Pero además puede ser, y es de hecho, promovido y aprovechado por esa misma dirigencia política burguesa para sus propios fines reaccionarios. La condena de la corrupción menemista, durante las elecciones presidenciales de 1999, había articulado el discurso de campaña de una Alianza que aspiraba a acceder al gobierno para garantizar la continuidad

de la política menemista. Y figuras progresistas, como Alvarez o Fernández Meijide, habían desempeñado entonces los roles que hoy quiere desempeñar Carrió.¹¹ En las elecciones recientes, la condena a la dirigencia política como una casta corrupta fue activamente promovida y aprovechada, no ya por los dirigentes progresistas, sino incluso por los representantes más reaccionarios de la burguesía. Los discursos acerca del déficit cero de la política e incluso del déficit cero en general, en la medida en que los propios trabajadores del estado son presentados por el discurso oficial como privilegiados en medio de la crisis, pueden potenciarse por medio de este tipo de condenas morales a la dirigencia política.

. Del proyecto de nadie

La crisis económica y política que atraviesa la sociedad argentina se expresó electoralmente de manera privilegiada, entonces, en este rechazo del voto positivo como una reacción de descreimiento ante la dirigencia política. Pero para analizar con mayor profundidad este fenómeno debemos preguntarnos, al menos por un momento, por la propia naturaleza de aquella crisis que se expresó en las elecciones.

El plan de convertibilidad constituyó durante los 90, chantaje hiperinflacionario mediante, el esqueleto de una nueva hegemonía social y política neoconservadora.¹² La convertibilidad apuntó a sustraer el dinero de su vinculación con la lucha de clases, es decir, a acabar con el desarrollo inflacionario de la lucha de clases que signó al capitalismo argentino durante la posguerra y que culminó en los procesos hiperinflacionarios de 1989-91. El peso convertible se convirtió desde entonces en el arma clave del capital en su empresa de disciplinamiento del trabajo, encadenando el empleo y los salarios a la productividad del trabajo a través del encadenamiento de las ganancias de la mayor parte del capital, apertura externa y desregulación mediante, a los márgenes permitidos por los precios internacionales.

Pero al mismo tiempo la convertibilidad puso en marcha una desesperada carrera del peso detrás del dólar, una carrera que –como invirtiendo aquella famosa paradoja de Zenón– permanece oculta tras la propia convertibilidad, por ley, del peso en dólar. En 1991 se inició, más precisamente, una carrera cuya meta consiste en la mutación de la convertibilidad por ley en una convertibilidad sustentada en niveles sin precedentes de productividad y competitividad de la economía argentina en el mercado mundial, es decir, en una explotación sin precedentes del trabajo.

Esta carrera, sin embargo, fue revelándose poco a poco como una carre-

ra hacia el abismo. La convertibilidad impuso una restructuración del capital que se evidenció en un incremento de la inversión privada a una tasa promedio anual del 14,6%, paralela a un aumento del desempleo del 6,3 al 14% de la PEA, y en un incremento del PBI a una tasa del 5,8% anual entre 1991 y 1998.¹³ Pero cuando se analiza esta carrera con mayor detenimiento, aún prescindiendo de las cambiantes coyunturas de la economía mundial, se advierte una realidad diferente. En efecto, esa dinámica de la convertibilidad, durante la década de los 90 fue sumamente cíclica y, más importante aún, estuvo signada por recesiones que devenían cada vez más profundas. Hubo así una desaceleración de la inversión y el producto entre el segundo trimestre de 1992 y el primero de 1993, una nueva desaceleración entre el primero y el cuarto trimestre de 1994 que, una vez desatada la crisis mexicana de diciembre, devino en una depresión abierta que se prolongaría hasta el tercer trimestre de 1995 y, finalmente, una depresión crónica que se inicia en el segundo trimestre de 1998 y se extiende hasta nuestros días.

Esta tendencia recesiva se vio acompañada, por su parte, por una tendencia hacia un progresivo debilitamiento de la posición del capitalismo argentino en el mercado mundial, que puede apreciarse en la persistencia del déficit comercial durante esas fases recesivas. Los aumentos en la productividad y la competitividad sustentados en la racionalización de la organización y los procesos de trabajo, finalmente, parecen cada vez más insuficientes para garantizar la continuidad de la acumulación y la inserción en el mercado mundial de este capitalismo argentino de peso convertible, imponiendo como salida un espiral deflacionario de recorte directo de los salarios nominales y caída de precios. Y la propia estrategia de reducción del déficit público mediante el recorte de los salarios nominales de los trabajadores del estado no hace sino expresar y potenciar esa salida. Es en este sentido que la carrera del peso convertible va revelándose poco a poco como una carrera hacia el abismo, es decir, el *default*.

Y es una carrera en piloto automático. El propio chantaje hiperinflacionario que sustenta la convertibilidad, que había sido clave para cimentar su capacidad disciplinaria respecto del trabajo y unificadora respecto de la propia burguesía, deviene entonces una jaula de hierro para la burguesía misma. “No hay alternativa”. La sentencia, adoptada por el entusiasmado thatcherismo criollo, parece trocarse así en su propia sentencia de muerte.

Es precisamente esta carrera en piloto automático hacia el abismo la que explica, en última instancia, la ausencia de proyectos alternativos y el propio desconcierto político e ideológico que se expresaron en la coyun-

tura electoral. La crisis económica y social generada por el proyecto de acumulación articulado en torno a la convertibilidad, en ausencia de proyectos políticos alternativos, fue achacada entonces a la corrupción de la dirigencia política a través del mencionado desplazamiento de la política hacia la ética y se expresó en las elecciones como un rechazo masivo del voto positivo. Pero no es todo. Esa crisis económica y social desencadenó además una serie de reacciones que, incapaces de expresarse en un proyecto político alternativo, se expresaron poniendo en escena un festival de las más variopintas regresiones políticas e ideológicas.

En efecto, la inminencia de un *default*, con sus dramáticas consecuencias, operó durante los aciagos meses previos a las elecciones como una suerte de aquelarre donde todas las viejas brujas fueron conjuradas, como una experiencia límite que actualizó todos los traumas del pasado, y todo el desconcierto político e ideológico de la sociedad argentina fluyó incontenible. Moyano clamaba contra los cipayos que se iban a probar suerte a España mientras los trabajadores de Aerolíneas Argentinas quemaban banderas españolas. Los medios compensaban la devaluación del real presentando el triunfo de Argentina sobre Brasil con titulares deportivo-militares mientras proliferaban las campañas de compre argentino y no compre brasileño. Un grupo de viejos conocidos economistas, tras nueve meses de parturientas labores, resucitaba el “Plan Fénix” de unas cenizas populistas que habían cobijado en las urnas de la academia.¹⁴ Y así sucesivamente.

En el marco de esta crisis ideológica y política se desplegaron a su vez múltiples juguetes políticas reaccionaria. De La Rúa presentó la reducción del déficit público en la Casa de Tucumán como un “sacrificio patriótico”, recurso típico del discurso burgués ante las guerras, en aras de una nueva independencia. La oposición invocó a su vez a la patria y a la independencia para responderle. De La Rúa convocó a la Unidad Nacional. Alfonso y Duhalde le respondieron soñando por escrito con una reedición criolla del Pacto de La Moncloa que incluya a los principales gobernadores justicialistas, la CGT oficialista, el Episcopado y la UIA. Nociones vacías como “patria” y “nación” eran así, en una mecánica característica del discurso ideológico, disputadas y cargadas con diversos contenidos ideológicos en pugna.¹⁵ Más allá de quién lograra apropiarse de esas nociones y con qué contenidos, sin embargo, el saldo más importante sería siempre el inmenso costo en términos de desorientación ideológica y política que los trabajadores terminarían pagando si su resistencia contra la ofensiva del capital quedaba definida en esos términos patrióticos y nacionalistas.

Pero es importante tener en cuenta que esta crisis política e ideológica

no implica que la propia hegemonía menemista, articulada en torno a la convertibilidad, se haya desmoronado aún. La crisis agudizó ciertamente las disputas de intereses entre distintas fracciones de la burguesía y esa disputa se expresó públicamente. El denominado “grupo productivo”, integrado por la Unión Industrial, la Cámara de la Construcción y las Confederaciones Rurales, lideró una campaña que influyó decisivamente en la definición de los términos ideológicos de esa disputa de la siguiente manera. En un bando estarían las fracciones productivas y nacionales, es decir, la industria nacional y la pequeña y mediana empresa, la construcción y los pequeños y medianos productores agrarios, creadores de empleo e impulsores de un programa de reactivación del mercado interno y de mejora de la capacidad exportadora. En el otro bando estarían las fracciones parasitarias y extranjeras, la gran banca, las empresas de servicios privatizadas y los hipermercados, interesadas en, y responsables de, la continuidad del *statu quo*.

Estos alineamientos revelan pugnas de intereses perfectamente reales y visibles como, por ejemplo, entre las pequeñas y medianas empresas y la banca alrededor de las usurarias tasas de interés vigentes o entre la industria manufacturera y las empresas de servicios a raíz de las exorbitantes tarifas cobradas por estas últimas. Y estas pugnas se agudizaron con la profundización de la crisis. Pero menos realidad se encuentra tras las asociaciones ideológicas a través de las cuales esas fracciones de la burguesía venden a la sociedad sus propios intereses. Esa burguesía que se presenta como “nacional y productiva” incluye entre sus sectores más dinámicos, por ejemplo, un grupo de transnacionales de origen local con numerosas filiales y considerables inversiones directas y ventas en el extranjero, así como con cuantiosas inversiones en activos financieros –incluidos buena parte de los propios títulos de deuda pública– en fondos de inversión radicados en paraísos *off shore*. Esa otra burguesía presentada como “extranjera y parasitaria” incluye a su vez, también entre sus sectores más dinámicos, empresas propiamente industriales (petróleo, gas, electricidad) privatizadas y adquiridas por la burguesía local. Así pueden desarmarse, una a una, cada una de las asociaciones ideológicas a través de las cuales aquella burguesía “nacional y productiva” vende socialmente sus intereses, hasta que su discurso queda reducido a algo tan grotesco como los cantos patrióticos al trabajo ajeno con que el grupo Bemberg vende cerveza Quilmes en sus anuncios publicitarios.¹⁶

Pero hay algo mucho más importante. Estas asociaciones ideológicas convierten en una realidad absolutamente invisible el antagonismo entre

el capital y el trabajo y, por ende, el interés común de las distintas fracciones de la burguesía en profundizar su ofensiva contra los trabajadores como única salida de la crisis dentro del marco de la convertibilidad. Este interés común se puso de manifiesto durante una década de apoyo conjunto a la flexibilización laboral, la reducción de salarios y aportes patronales, el recorte de gastos sociales y, en definitiva, a la convertibilidad misma como marco de este disciplinamiento del trabajo.

La dirigencia sindical, sin embargo, asimiló en buena medida ese discurso de las fracciones “nacionales y productivas” de la burguesía y se alineó con ellas dispuesta a resucitar viejas alianzas de clases –una tarea muy paradójica, en verdad, porque supone inventar previamente las clases con las cuales aliarse...¹⁷ Pero el saldo importante vuelve a ser el inmenso costo en términos de desorientación ideológica y política que los trabajadores pagan cuando su resistencia contra la ofensiva del capital queda definida en términos de una “producción nacional” versus un “parasitismo extranjero”.

Todo este discurso ideológico, nacido en las disputas de intereses entre distintas fracciones de la burguesía, no podía sino expresarse también en la propia coyuntura electoral. Pero no se expresó como una verdadera disputa entre proyectos alternativos. La convertibilidad misma, precisamente en su calidad de marco para el disciplinamiento de los trabajadores, una vez más, no estuvo en discusión en las elecciones. Ninguno de los partidos políticos de la burguesía incluyó en su programa ni en sus campañas, explícitamente, el abandono de la convertibilidad. Más aún. Si bien la única lista importante que incluyó activamente en su propaganda la defensa de la convertibilidad y el déficit cero (Unión por Buenos Aires de Scioli y Liendo) obtuvo magros resultados, nada indica que la salida de la convertibilidad constituyera tampoco una demanda de la mayoría de los votantes. En una encuesta realizada por Gallup cuando se implementara el plan de reducción del déficit (*La Nación*, 2/8), la amplia mayoría de los encuestados se manifestaba contra de las medidas anunciadas por el gobierno pero, al mismo tiempo, a favor del mantenimiento de la convertibilidad y de alcanzar el déficit cero. La propia encuesta “boca de urna” antes mencionada (*Clarín*, 15/10) indicó que muchos de los que se habían negado a votar positivamente exigían la renuncia de Cavallo, pero la gran mayoría sostenía que había que mantener la convertibilidad y reducir el déficit público. La profunda crisis ideológica y política que atravesamos, en este sentido, no implica aún el desmoronamiento de la hegemonía articulada en torno a la convertibilidad.

De nosotros: la izquierda en las elecciones

Sin embargo, no debemos considerar a esta crisis política e ideológica como un resultado cerrado, sino como un proceso abierto cargado de esperanzas. Su futura deriva reaccionaria o su conversión en desmoronamiento de la hegemonía menemista e inicio de un nuevo tiempo político depende, en gran medida, de nuestra propia capacidad de intervención que vayamos construyendo como izquierda anticapitalista.

Y en este sentido las noticias son buenas. El protagonismo y el fortalecimiento alcanzados por la izquierda anticapitalista en las grandes luchas sociales desarrolladas desde el ascenso de la administración aliancista también se expresó electoralmente.¹⁸ En verdad, los resultados obtenidos por la izquierda fueron uno de los rasgos más notorios de las elecciones. La izquierda fue un ganador absoluto –prácticamente el único, como vimos–, alcanzando de conjunto un millón y medio de votos y triplicando los obtenidos en 1999 y 1997. Estos resultados son decididamente relevantes en algunos distritos. La izquierda en su conjunto (incluyendo AyL, IU, PH, PO-MAS, PSA y PTS) alcanzó los 357.591 votos para diputados en la Ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, un 27% de los votos positivos y un 14% de los electores que la ubica cómodamente como primera fuerza. Se ubicó asimismo como tercera fuerza, con un 13,8% de los votos y muy por encima del ARI en la provincia de Buenos Aires y con un 20% de los votos en la de Santa Fé.¹⁹

Todas las fuerzas de izquierda incrementaron sus votos. Pero hubo desempeños especialmente relevantes. Izquierda Unida fue la fuerza más masiva (574.923 votos) y la que más creció en relación con las elecciones previas (multiplicó por tres veces y media sus 157.976 votos de 1999), ganando así un diputado por la capital, dos que permanecen en disputa por Buenos Aires y varios otros representantes provinciales (ver *Alternativa Socialista*, 18/10). Su experiencia duradera de construcción de una alternativa unitaria de izquierda jugó indudablemente un papel clave en la obtención de este resultado: la unidad ampliada de la izquierda sigue siendo, en este sentido, una exigencia clave. El desempeño de Autodeterminación y Libertad en la capital, con 132.982 votos (un 10% de los positivos) y dos diputados, es por su parte el resultado más sorprendente. A la cabeza de una fuerza nueva y tras una fugaz campaña, Luis Zamora logró arrancar una parte del tradicional electorado progresista porteño a las fuerzas de centroizquierda y al voto en blanco e impugnado a partir de su propia trayectoria personal.²⁰

Estos resultados impulsan, indudablemente, nuestra capacidad de inter-

vención política como izquierda anticapitalista, pero no son de ninguna manera un cheque en blanco. Las organizaciones de izquierda también están sumidas, desde mucho antes de las elecciones, en una situación de indigencia política e ideológica propia y alcanzaron estos buenos resultados electorales sin haber superado previamente dicha situación. Ni sus programas, ni sus discursos, ni sus modos de organización e intervención previos se modificaron, en líneas generales, y alcanzaron esos resultados electorales porque los comicios se desarrollaron en el marco de una coyuntura de luchas sociales y crisis particularmente agudas. Este desempeño electoral coyuntural debe, por consiguiente, consolidarse políticamente de aquí en adelante.

Los tiempos de esta consolidación, es decir, de la construcción de una sólida alternativa anticapitalista en la Argentina, son imposibles de estimar a priori. Son largos debido a la propia naturaleza de las tareas políticas e ideológicas implicadas, pero pueden ser brutalmente acortados por el curso que está siguiendo la realidad misma. La posibilidad de que esta prolongada agonía económica que atravesamos devenga en una catástrofe, es decir, en una cesación involuntaria de pagos de la deuda externa y por consiguiente una crisis financiera de magnitud y consecuencias sociales imprevisibles, es un hecho evidente por lo menos desde fines del año pasado.²¹ (Más aún: cuanto más se desarrolle la lucha social y la construcción de aquella alternativa, más dudarán los inversores financieros de la capacidad argentina de honrar su deuda, es decir, de la capacidad del estado y de la burguesía argentinos para imponer la reducción masiva de salarios nominales públicos y privados y de las conquistas sociales que quedan para seguir parándola, y más inminente será dicha crisis.) Esta posibilidad misma convierte en urgencia aquella necesidad de construir una alternativa anticapitalista.

Pero debemos entender la naturaleza de esa alternativa. No nos referimos a una elección entre platos de un menú que la burguesía puso en nuestra mesa y que tengamos que realizar “como si” fuéramos ministros de esa misma burguesía. ¿Gusta dolarización o devaluación de entrada?, ¿librecambio alcaniano o proteccionismo mercosureño de segundo plato?, ¿transnacionales con guarnición menemista o pymes acompañadas de duhaldistas fritos?, y así sucesivamente, siempre con el hambre como único postre. A romper el menú nos referimos. Y a ponernos a cocinar juntos por nosotros mismos.

Notas

¹ Hubo también otras modalidades en las que se expresó la crisis, desde el desinterés por las elecciones entre la gente, pasando por la modestia de las campañas (i.e., Alfonsín hizo su acto de cierre de campaña en Chascomús, Duhalde en Huracán de San Justo, Béliz en el Hotel Castelar, *La Nación* 12/10), hasta la excusación masiva de autoridades de mesa previa a los comicios. Pero aquí nos concentraremos en este “voto bronca” que es, evidentemente, la más relevante y novedosa.

² Véanse las disímiles evaluaciones de este fenómeno, previas a las elecciones, por parte de A. López y R. Fraga: este último había previsto, erróneamente, que la tendencia al ausentismo se revertiría en los cuartos oscuros mientras el primero enfatizaba correctamente en su carácter duradero (*Gente* 16/10).

³ Dentro de dicho agregado, los votos anulados fueron los más dinámicos, saltando del 4,85% en 1997 y el 3,19% en 1999 al 12,9% en 2001; los votos en blanco pasaron por su parte del 4,65% en 1997 y el 3,6% en 1999 al 8,2% en 2001 (*Clarín*, 21/10). Una primera noción de “no-voto” que agregara los votos en blanco e impugnados a las abstenciones implicaría una primera fuerza con casi la mitad del padrón. (Y poco se modificaría esta ubicación si restásemos un porcentaje estimado de ausentes involuntarios con una metodología como la empleada por A. López: *No votarás. Ausentismo y voto en blanco tras una década de democracia*, Cuaderno 24 de IDEP/ATE, 1993).

⁴ En general, esta pérdida de caudal de votos del justicialismo fue pasada por alto por la prensa extranjera, que interpretó los resultados simplemente en términos de una derrota del oficialismo en manos de la oposición: “derrota del gobierno” (*O Estado de São Paulo*, 15/10), “visible rechazo para el presidente” (*New York Times*, 15/10), etc.

⁵ En base a los datos provistos por el Ministerio del Interior en www.elecciones2001.gov.ar Es importante advertir empero que, en aquellos distritos donde hubo victorias significativas de uno de estos partidos tradicionales, los votos bronca y abstenciones registraron menores índices. Tales son, por ejemplo, los casos de Kirchner en Santa Cruz, que ganó con un 61,85% de los votos positivos equivalente al 43,4% del padrón de electores y del Chaco, donde Rozas ganó con un 48,36% de los votos positivos que representa el 33,2% del padrón.

⁶ Otro dato muy significativo, en este sentido, es que las listas de Farinello no obtuvieron un porcentaje mayor de votos en el gran Buenos Aires (con excepción de Quilmes, su distrito) que en el resto de los partidos de la provincia, como preveían varios analistas.

⁷ El resultado de las elecciones de conjunto fue negativo para el *establishment* –aunque ya había previsto su resultado: en la semana previa el riesgo país había rozado los 1900 puntos, la bolsa había caído y *Standard and Poor's* había bajado nuevamente su calificación de riesgo, es decir, el resultado había sido anticipado en el precio de los activos. Sin embargo, el rechazo masivo del voto positivo, también previsible, no pareció contar como uno de esos elementos negativos. “En la lectura que hicieron de los comicios, las que consideraban como malas noticias –la elección de Raúl Alfonsín o el claro triunfo de Eduardo Duhalde– se compensaron ampliamente con las buenas, como el crecimiento del llamado ‘voto bronca’ (blancos más impugnados) y la no tan favorable actuación de los candidatos del ARI, de Elisa Carrió” (A. Sainz: “Moderado optimismo de los mercados”, en *La Nación*, 15/10).

⁸ “Es posible afirmar entonces que el ‘voto bronca’ es en realidad un voto de castigo con dedicatoria”, es decir, un “repudio masivo asentado al modelo de política económica y social” que abría una perspectiva de “construcción de un poder político-institucional orientado hacia los objetivos de desarrollo, equidad y una inserción más equilibrada y creativa en los escenarios regionales y mundiales”, dependiente a su vez “del patriotismo de los partidos y otras fuerzas políticas de

vocación genuinamente nacional y popular" (C. M. Vilas: "Elecciones 2001: el mito del voto bronca", en *NAC & POP*, 22/10).

9 Téngase en cuenta en este sentido que Luis Patti, el candidato de la derecha fascizizante más importante en las últimas elecciones, no pudo proyectar su fuerza a escala de la Provincia de Buenos Aires y sólo logró un resultado relevante en su Escobar de origen.

10 "El voto protesta e incluso también la dispersión del voto ilustran tanto los problemas de los dirigentes políticos en reconstruir lazos de representación sobre la base de diagnósticos y propuestas consideradas verosímiles, como la existencia de una ciudadanía independiente cada vez más numerosa y apartada de los cánones convencionales de la representación política. La preferencia por un candidato a diputado reputado por su honorabilidad o el corte de boleta contra una diputada que se beneficia subrepticiamente de una jubilación de privilegio pueden ser considerados otros tantos signos de una moralidad pública renaciente" (I. Cheresky en *Clarín*, 17/10).

11 En este sentido, los dirigentes y partidos progresistas –y no empleamos comillas en este artículo porque renunciamos a disputar este significante– funcionan como verdaderos "mediadores evanescentes" de la reacción. Es oportuno recordar en este sentido la manera en que describe S. Zizek a los disidentes anti-stalinistas después de la restauración del capitalismo en la exURSS: "los disidentes están estupefactos al comprobar que en el paso del socialismo al capitalismo han desempeñado el papel de 'mediadores que desaparecen' y que la misma clase de antes gobierna bajo un nuevo disfraz" ("Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional", en F. Jameson y S. Zizek: *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Bs.As., Paidós, 1998, p.153). Mientras tanto, en nuestros pagos, el Chacho fue el mediador evanescente para la continuidad de la convertibilidad, Lilita se postula como una mediadora evanescente para su profundización con el déficit cero, y así sucesivamente.

12 Un análisis más preciso de este mecanismo de chantaje se encuentra en A. Bonnet: "Argentina 1995: ¿una nueva hegemonía?", en *Cuadernos del Sur* 19, Bs.As., junio de 1995.

13 R. Astarita enfatiza correctamente en este punto y llama la atención sobre esta tasa de crecimiento que, incluso para el período 1991-2000 y con la recesión incluida, es del 4,5% anual promedio y por ende superior, no ya a la registrada en la denominada "década perdida" de los 80 (0,07% entre 1976-1990) sino también a la del capitalismo de posguerra (3,9% 1950-1980; "Crisis y estrategia de acumulación en la Argentina", en *Debate marxista* 2, Bs.As., 2001. Una desagregación sectorial del comportamiento de la industria muestra claramente la asociación entre inversión y destrucción de empleos en los sectores más dinámicos (véase O. Altimir y L. Beccaria: "El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en Argentina" y A. Ramos y L. Beccaria: "El proceso de inversiones en la economía argentina", ambos en D. Heymann y B. Kosacoff (eds.): *La Argentina de los noventa*, Bs.As., Eudeba-CEPAL, 2000, tomo I).

14 Quien no haya visto la presentación del plan por parte del especulador inmobiliario que se desempeña como rector de la Universidad de Buenos Aires, Shuberoff, en el programa *Encrucijadas-UBA* (Azul TV, 29/10), puede recurrir a A. Gak: "Hacia el Plan Fénix", en *La gaceta de económicas*, 26/8, o a la prensa que se hizo eco del mismo (*Página 12*, 7 y 8/9, *Clarín*, 7 y 8/9).

15 Un nuevo examen de esta mecánica ideológica se encuentra en el último libro de S. Zizek: *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Bs.as., Paidós, 2001.

16 Las mistificaciones en juego son, por supuesto, mucho más fundamentales. No podemos detenernos en ellas, pero para la mistificación correspondiente a la oposición misma entre capital nacional y capital extranjero puede consultarse J. Holloway: "El capital se mueve", en *Cuadernos del Sur* 31, abril de 2001, y para la oposición entre capital productivo y capital especulativo parasitario A. Bonnet: "El fetichismo del capital-dinero", de próxima publicación.

17 Una cierta hipertrofia del análisis "fraccionista" siempre fue uno de los expedientes más re-

finados del pensamiento reformista. Tampoco puedo detenerme en este punto, pero véase S. Clarke: "Marxism, sociology and Poulantzas's theory of the state", en S. Clarke (ed.): *The state debate*, Londres, Macmillan, 1991.

18 Algunos resultados desagregados muestran esta relación: la inserción de IU en los partidos más populares del gran Buenos Aires se expresó en un apoyo del 6,5% de los votantes, la inserción del PO entre los piqueteros salteños lo ubicó como tercera fuerza en la capital, por encima de la UCR, y cuarta en provincia.

19 Ejercicios de agregación como estos son, desde luego, en buena medida improcedentes. No implican de ninguna manera que la suma de votos alcanzada hoy por fuerzas tan diversas se hubiera alcanzado, o se alcanzaría en el futuro, por una fuerza única que adoptara el perfil de cualquiera de ellas. Sólo indican que una parte del electorado expresó su protesta apoyando un cierto número de candidatos de izquierda en un sentido amplio.

20 Esto, que fue reconocido por el propio Zamora (*Clarín*, 16/10), está lejos de convertirlo en "un nuevo Chacho Alvarez" (Altamira en *Prensa Obrera*, 17/10). La izquierda anticapitalista no puede reducirse a una expresión de ese progresismo de la pequeñoburguesía porteña, pero disputar su apoyo y arrastrarlo hacia una alternativa de izquierda sigue siendo un punto clave de su estrategia.

21 Véase en este sentido A. Bonnet: "Aniversario blindado: hacia una década de peso convertible", en *Página 12*, 12/1/2001. Una crisis financiera semejante acaso sólo sería comparable, en su magnitud y consecuencias, con el *default* ruso de 1998.

Periferias

Revista de Ciencias Sociales

Ediciones FISyP Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas